

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE BILBAO

Ramón Múgica Alcorta

13 de marzo de 2013

SALUTACIÓN

Señor Deán y Presidente y Cabildo de la Santa Iglesia Catedral del Señor Santiago;

Señor Presidente de la Hermandad de Cofradías Penitenciales de la Villa de Bilbao;

Abades, Hermanos Mayores y Cofrades

Bilbaínas y bilbaínos, de aquí y de allí, de nacimiento, residencia y voluntad... Hoy todos bilbaínos,

VA EL PREGÓN.

PRIMERA PARTE: DONDE SE DA RAZÓN DE CÓMO HA LLEGADO QUIEN LES DIRIGE ESTE PARLAMENTO A PREGONERO DE LA SEMANA SANTA BILBAÍNA

Cuando me transmitieron la invitación a dirigir este pregón o anuncio de la Semana Santa me estremecí, me hinché y me emocioné: las tres cosas a la vez. Pero sobretodo me sorprendí; más se sorprendió mi esposa, que me conoce mejor que yo (uno siempre tiende a juzgarse con indulgencia y a descubrirse virtudes imaginarias) y pensó que se trataba de una broma. Pero la

estupefacción traspasó los muros de la casa familiar. Y así Bilbao amaneció muda de asombro con la inesperada designación de este pregonero. En ninguna quiniela entraba. Anduvo la Villa revuelta, haciéndose toda lenguas y especulaciones, sin acertar a responder a cómo había sido. Los suspicaces hablaban de tongo; incluso algunos me han llegado a parar en plena calle para someterme a inmisericorde escrutinio sobre mis desconocidos méritos, pero yo, después de haberla ensayado a conciencia ante el espejo, ponía una mirada ambigua que elevaba a la estratosfera, para que imaginara el pesquisidor que poseo “longa manu” en las altas instancias vaticanas, dejándole así sumido en desazonadora duda, pues tengo bien comprobado que la impresión que se causa en otros de gozar de tan poderosas alianzas le eleva a uno al pedestal del respeto y de la admiración ciudadana.

Pero nada de lo maliciado es cierto. La única verdad es que he sido elegido sin trampa ni tacha.

Y a puerta gayola. A puerta gayola doy comienzo esta faena. No porque esté hincado de rodillas en el suelo, que es evidente que no, aunque ello fuera muy apropiado a la Semana Santa que se avecina; no porque me proponga arrancar un ¡ayyy! de pavor al tendido, que tal es la seña de identidad de esa suerte taurina. No: a puerta gayola porque me arranco con un farol temerario.

Mi farol es que no podía haberse elegido un pregonero mejor. He de felicitar a la Hermandad de Cofradías por su buen tino. Verán: hace días que he dado con la razón de tal honor: hay personalidades que brillan tanto que su sola presencia eclipsa el pregón y al final hay pregonero pero se volatiliza el mensaje, por muy bueno que este sea. Conmigo no puede, no puede, suceder así. Pero, claro, el riesgo se traslada ahora al mensaje. Si volatilizado, invisible el pregonero,... queda su mensaje y en él se concentra la atención. También hay remedio para mis temores sobre este respecto. Sé por experiencia que el lector, en función de su calidad personal, es

capaz de hacer buenas... obras literarias que en origen son mediocres. El mensaje puede ganar mucho según cómo sea quien lo recibe; como recuerda la *parábola del sembrador*, depende de en qué suelo caiga la semilla. Esta es mi esperanza, la de que sean ustedes como el prestidigitador: que la piedra que lanzo se haga paloma gracias a tu magia.

Voy a proponerles un viaje de lo sensible a lo espiritual. Para ello comenzaré por apelar a la memoria.

La memoria de los historiadores trata de llegar a los orígenes. Las Cofradías de la Pasión comienzan a surgir en toda Europa a partir del siglo XIII, coincidiendo con la serie de desgracias (guerras, peste negra,...) que asolaron el continente. Pero será en el siglo XVI, con el impulso que les dio el Concilio de Trento, cuando queden completamente definidas. Nacidas como hermandades de oficios se convierten en cofradías penitenciales. El dominico valenciano San Vicente Ferrer, que realizó una gira por diversas naciones europeas, recaló en Bilbao en 1408, con una compañía de disciplinantes, predicando penitencia. Cuenta la leyenda que, aunque hablaba en su lengua, los asistentes le entendían en euskera.

Mi memoria no llega tan atrás. Mis primeros recuerdos de la Semana Santa bilbaína, difusos y fragmentarios, tienen que ver con lo sensorial. La policromía de las tallas, con su pátina y su reluciente brillo; sobre los Pasos, racimos de velas de trémula llama; la blancura lunar, de pan candeal, de los pies descalzos sobre el asfalto (que es algo que no puede dejar de impresionar a un chaval); el olor de la cera derritiéndose...; y los sonidos: las cornetas, con sus floreos alardes; los estruendosos y rítmicos tambores, cuyo eco resuena en el corazón; los redobles en los parches, que denotan la mano experta; el tremolar de pendones y estandartes... A mí las bandas de las cofradías sencillamente me embriagaban. Con no poca habilidad, frunciendo diestramente los labios para dejar la exacta abertura, me pasaba imitando durante muchos días los instrumentos de percusión y viento de las

procesiones, para desquiciamiento de mi familia (no es cosa de hacerles ahora una demostración ¡vaya!); debía de ser torturador, porque me valió alguna expulsión fulminante de la mesa.

Recuerdo la procesión en la Ribera, flanqueada la calle de sillas de tijera traídas de la Misericordia, y el derecho de asiento se pagaba a un duro; y cuando ya en la Gran Vía se oía a lo lejos, subiendo por el Puente del Arenal (antes Puente de Isabel II), como un rumor de olas rompiendo en espuma brava, el avance de la marea procesional; cada vez sonaba más cerca, pero no acababa de llegar... y la expectación iba *in crescendo*.

¡Ya viene, se está acercando!
La corneta anuncia al viento
Con su desgarrado acento
Que muy pronto llega el Paso.
...Pero el Paso avanza lento.

Cuando al fin llegaba era como el paso de un ave migratoria:

Fugaz el paso del paso
Es sólo visto y no visto
Mas deja en el alma un rastro
Que dura un tiempo infinito

Y ya hablando de recuerdos más próximos hay otros muchos momentos emocionantes, y es lástima no tener tiempo para inventariarlos todos, dejando en el aire una sensación de imperdonable omisión: el acto final de la Procesión del Santo Entierro, cuando los cofrades, a rostro descubierto, entonan el Salve Regina en la Plaza de Moyúa y uno puede ver que les enhebra entonces una corriente como de desbordante plenitud y de envidiable sosiego; o cuando el Sábado Santo, en la Plaza de San José, bailándolos los cofrades, removiéndolos reminiscencias de un desplante taurino, se aproximan los pasos de Nuestro Padre Jesús del Amor y de María Santísima de la Esperanza al tiempo que cornetas y trompetas catapultan los corazones al cielo. Acontece entonces un milagro: el milagro de sentirse en comunión perfecta con los demás sin dejar de sentirse uno mismo.

Todavía hoy, las mujeres de casa, que son las que salen de procesión, andan a sus afanes por esos días, revoloteando como en un aleteo de golondrinas y arrebolando túnicas y capas. Todo es fiesta para los sentidos: sonido, imágenes, aromas,... que llegan al alma. Nada de esto hubiera sido posible sin el empuje de la fe callada, del amor de bilbaínos anónimos, que laborando en talleres discretos consiguen que la procesión tome la calle. Y como por ósmosis, de la retina, del oído, de la piel, va pasando el Amor DE Dios a los corazones y allí se fragua el amor A Dios, en el silencio donde Él siempre habla.

SEGUNDA PARTE: DONDE SE CUENTA CÓMO MUDA BILBAO POR LA SEMANA SANTA

Avanzamos hacia la Semana Santa. Trocaremos la *txapela niveladora* (así dijo Unamuno) por lanceolados capirotos. La chapela es plana y horizontal, pero multiforme. Cantaba Rubén Darío en su poema *Chapelgorri*:

“maravilloso champiñón decorativo

...[y luego]...

Hacia adelante o hacia atrás, casco, aureola

Ya redondez de hongo o arista de peñasco

Al ponerte en mi testa me siento un poco vasco...”

Pero en la boina todo tiende al suelo, a lo mundano, a la planicie. Ni la *txertena*, ese tallito de verticalidad frustrada (y cabe recordar aquí que cortar la *txertena* a un vasco por siglos se ha considerado

terrible ofensa, que solía acabar en cruce de aceros); ni la txertena, digo, se alza; no, no se alza, se acuesta sobre el lecho de la boina...

Pablo Neruda escribió algo que, aunque él lo concibiera como la imagen de una dama, lo leo yo como un retrato de Bilbao, porque todos y cada uno de sus versos parecen evocar vivencias de la villa:

-“Te recuerdo como eras en el último otoño

Eras la boina gris y el corazón en calma

En tus ojos peleaban las llamas del crepúsculo

Y las hojas caían en el agua de tu alma...”

Esas chapelas, para la Semana Santa bilbaína, se elevan, se hacen agujas góticas, antenas para “recibir” del cielo...y recorren nuestras calles, llamando al firmamento, arando las nubes, rasgando sus gaseosos velos para que se derrame el bendito sirimiri, como una gracia (o una desgracia, si viene a deshora)... Aunque cabe recordar, a este respecto, que antiguamente no se amilanaba la gente por la climatología adversa. La procesión se realizará “*aunque aga mal tiempo de aguas o niebe o de otra manera que sea*”, decía la reglamentación de 1554 de la primera cofradía de la Vera Cruz de Bilbao, si bien se acompañaba tal determinación de adecuadas precauciones: “*los mayordomos –seguía el mismo reglamento- deben nombrar y tener dispuestos a un boticario y un cirujano para atender a los penitentes y disciplinantes que requiriesen sus atenciones...”*

TERCERA PARTE. DONDE, PARA OBSERVAR EL CANON DEL MESTER DE PREGONERO, SER BUEN HACEDOR DE PREGONES Y RESPETAR SU OBJETO, QUE NO ES OTRO QUE ANUNCIAR FESTIVIDADES PRÓXIMAS E INVITAR A TODOS, VECINOS Y FORASTEROS -QUE CUANDO LO SON EN BILBAO

YA SON TENIDOS POR VECINOS-, A PARTICIPAR EN ELLAS, SE EXPLICA CÓMO DE LOS CAPIROTES SE LLEGA A LOS CORAZONES Y DE CÓMO LOS CORAZONES LLEVAN AL ENCUENTRO DE JESÚS Y A ACOMPAÑARLE EN LA SEMANA SANTA.

Hora va siendo de penetrar lo superficial y entrar hondo.

Debajo de la *txapela* o cubierta por el capirote va la cabeza, y en esta los pensamientos. Y aún más dentro del hombre, el alma: amar, creer y esperar.

Doctores tiene la Iglesia. De teologías no sé nada, pero poseído de la audacia del ignorante y de la temeridad del bilbaíno, permítanme que comparta con ustedes unas pocas reflexiones que me vengo haciendo desde hace mucho y que tienen que ver con este tiempo de la Semana Santa que está a la vuelta de la esquina:

La primera, sobre el amor de Dios, sobre la Cruz y la Resurrección.

Mucho he cavilado sobre el porqué de la Cruz. ¿Por qué, Señor, una muerte así? Para ganar nuestro amor te bastaba con habernos hecho de otra arcilla; habernos instalado el “chip” que nos programara para amarte.

¿Por qué tu sacrificio, oh Dios, fue necesario
Por qué mostrar tu amor, clavado en la madera?
¡Terrible pedestal! por Dios ¿no hubo manera
de, sin dolor, ganarme? ¿Por qué Tú en el calvario?

Tampoco podía entender BERGAMÍN:

No te entiendo, Señor, cuando te miro
Frente al mar, ante el mar crucificado.
Solos el mar y tú. Tú en cruz anclado
Dando a la mar el último suspiro.

Ni entendía GUILLERMO DÍAZ-PLAJA:

“Aquí me tienes, Señor.

No entiendo nada”

El autor me dijo una vez que este poema debía entenderse trocando el orden de los versos:

No entiendo nada, Señor

Pero aquí me tienes.

Y UNAMUNO, en “El Cristo de Velázquez”, mostraba su desconcierto ante un Cristo “muerto” en la Cruz, pero que vive, porque ese Cristo “muerto” piensa; y el poeta le dirige una pregunta; y espera su respuesta: cree en un Dios vivo.

¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?

¿Por qué ese velo de cerrada noche

De tu abundosa cabellera negra

De nazareno cae sobre tu frente?

Pero hay respuesta: hay cosas que no necesitan ser entendidas; basta con entregarnos confiadamente a Dios, pues Él es la Mejor Razón.

Y así se llega a dar con la clave de ese incomprensible misterio de la Cruz. Tú, Dios mío, corriste el riesgo de nuestra libertad, porque sin duda no hay amor sin libertad. Es que tu única debilidad, lo único que no tienes garantizado, porque lo quisiste así, fue nuestro amor: te hiciste menesteroso, *deseante* (*decía JR Jiménez*) de nuestro amor. Nos quisiste como Tú, todo amor, amor de albedrío.

Segunda reflexión. Salir al encuentro de Jesús y acompañarle en la Semana Santa.

La Semana Santa es la ocasión para manifestar, para expresar nuestro amor, saliendo a tu encuentro, Jesús, y para acompañarte, para confortarte en tu sufrimiento, en la pasión, en la calle y en el recogimiento.

A) El encuentro.

Tiene Bilbao más de treinta pasos, que narran el itinerario final, los últimos días de Jesús en la tierra: las cimbreantes palmas meciéndose sobre la imagen de Jesús en el borrico;...la última Cena, el Lavatorio, la Oración en el Huerto, los Azotes, El Cristo de la Villa que la Vera Cruz tiene en la Iglesia de los Santos Juanes (Cristo crucificado), pieza renacentista del siglo XVI, la más antigua de las que participan en las procesiones bilbaínas... y tantos otros magníficos pasos.

Ahora me fijaré en especial en un Paso, el del Encuentro. Es un paisaje de amor y de dolor (pocas cosas más estremecedoras que el sufrimiento de una madre cuando ve a su hijo humillado, derrotado, roto). Dentro de ese cuadro de sentimientos hondos repararé en un detalle especial: la mano derecha de Cristo y las manos y el rostro de su Madre: ahí pongo el foco.

El paso del Encuentro es una escultura “joven”: no ha cumplido los sesenta años, pero tiene, por cuanto he dicho, todo el vigor de la tragedia auténtica y conmovedora. Jesús carga la Cruz; la Madre, con una rodilla hincada, toma a su Hijo de la mano libre: la mano

derecha. Pero ya se ve que no le retiene. La mano de Cristo parece que se desliza, que escapa de la de María. Él tiene que seguir su Camino, el Camino de la Cruz, el de la liberación de todos los hombres. María posa la mejilla sobre esa mano de Jesús que se escapa, en un gesto de amor indecible. No se sabe si es ella la que le acaricia la mano con el rostro, o si quiere arrancar a su Hijo una última caricia. Está en el vértice de la decisión: o detenerle o dejar que vaya a cumplir la Voluntad del Padre. Como Madre de Jesús, querría sujetarle; como Madre de todos los hombres, ha de dejarle ir, porque su sacrificio es la garantía de nuestra redención. Esa tensión, ese entre dejar ir y retener, ese crepúsculo donde se tocan la presencia y la ausencia, el dilema entre el amor y el deber, es lo que refleja maravillosamente el paso. Es el corazón partío, demediado; la realización de la profecía de Simeón a María: "¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!":...

Costaleros, ritmo y fuerza,
En olas de vuestros brazos
Acunadla en la marea,
A ver si cesa su llanto.

Se marcha la Virgen, vuela
La Reina de los Dolores,
deja un aroma de cera
Queda un eco de tambores.

Sabemos lo que María siente; no sabemos qué pensará, pero en momentos así no se suele pensar: se siente y se quiere, es todo. ¿Y qué desea María en ese trance? María quiere trocarse en ese instante en su Hijo: María muere de pena y ya sólo desea tomar sobre sí todo el dolor del Hijo para relevarle del abrumador sufrimiento que padece.

Hay una canción que expresa muy bien ese anhelo de la Virgen de cargar ella con la Cruz; se solía cantar hace más de un siglo en la Semana Santa en un pueblecito no lejos de aquí, y yo la oí alguna vez a mi abuelo:

Ecatzu gurutze ori
Bai níre semía
Estisut bada emanen
Virgiña María

Si lo han oído ahora en euskera está bien, no se asombren, porque en euskera –o parecido- he tratado de recitarla; que no poseo, a diferencia de San Vicente Ferrer, el don de lenguas.

Dame esa Cruz
Sí, Hijo mío
No te la daré
Virgen María.

B) El acompañamiento.

Aunque ni la Física ni el Derecho admiten la retroactividad, porque va contra toda lógica *hacer hoy algo que tenga efecto ayer*, en la Razón de Dios el tiempo no existe, y si existe es multidireccional y de doble sentido: también avanza hacia atrás. Los cofrades, cuando cargáis con los pasos, cuando desfiláis por nuestras calles ¿qué hacéis sino acompañar a Cristo en su pasión? Acompañarle... ¿Puede haber mayor ventura? Acompañarle como Simón de

Cirene. Y así le devolvéis parte del infinito amor que de Él recibimos... ¡Qué GRAN PRIVILEGIO!

Tercera reflexión. *También estar con los que sufren es una forma de acompañar a Jesús en su pasión, porque Jesús se encarna en ellos.*

Cuándo encontrar a Jesús: la Semana Santa es tiempo propicio. ¿Dónde encontrarle? Él nos dijo dónde nos esperaba: en los que sufren.

Hay una humanidad doliente. Y próxima. Hay un prójimo que sufre. Está entre nosotros. Hoy son muchos los que padecen el azote de la crisis económica, arrasadora y persistente. ¿Cómo está funcionado la barrera de la solidaridad frente a esa marea devastadora? ¿En qué lugar del mapa de la solidaridad nos ha puesto la crisis: en la inmensa región glacial de la indiferencia; o en el reducido territorio del compromiso? El significado de la palabra SOLIDARIDAD no se destila en el alambique de la etimología, sino con el arte del desguace. Si troceamos la palabra SOLIDARIDAD, resulta un SOL, un DAR y un DAD. Darse es la clave. Y de ahí el SOL, sol de amanecida, anuncio de un nuevo día, de un tiempo nuevo, el de la fraternidad de los hijos de Dios.

QUINTA PARTE.- UN VIAJE CIRCULAR: REGRESO A LAS TXAPELAS Y LOS CAPIROTES.

Permitidme retornar a nuestras chirenes chapelas y al bilbainismo.

La boina no es exclusiva de Bilbao. Lo que sí es exclusivo es el modo de llevarla. Exclusivo en lo general: en Bilbao se lleva de una manera genuina, particular: *que somos de Bilbao, por eso llevamos chapela a medio lao...* Pero además hay una segunda marca de la casa: cada bilbaíno la lleva de manera personal y distinta. Todos de medio lado, pero todos diferente. Pues bien, esta originalidad, llegada la Semana Santa, pasa de la chapela al capirote. Porque, si

se fijan bien, a pesar de la uniformidad de los hábitos y lo acompasado de las sin par bandas de las cofradías (lo que no es moco de pavo, habida cuenta de la particular idiosincrasia del bilbaíno, más inclinado a la ocurrencia inverosímil y originalísima que a la sincronizada robótica prusiana), los capirotos marchan muy, pero que muy desconcertadamente. Es imposible encontrar dos, entre los muchos cientos que procesionan, que discurren paralelamente alineados. Y no parece fruto del azar...

Se ha especulado mucho sobre la causa de esta variedad caleidoscópica. Sólo apuntaremos la tesis mejor fundada, a saber: se debe tal diversidad a pura obstinación o voluntad terca, que para eso el capirote nace y se eleva de la cabeza. Hay quien lo lleva inclinado hacia delante, con muy diversos grados de abatimiento (de algunos podría decirse que semejan unicornios); o hacia atrás, llegando al grado de simular, en el caso más extremo, esos cascos futuristas y aerodinámicos con que los campeones ciclistas acometen las pruebas de contra reloj en las grandes vueltas. No sólo hacia delante y hacia atrás: que los capirotos, como agujas de marear, también se orientan en las infinitas direcciones que caben en la rosa de los vientos. Incluso, créanme, hace cuarenta y siete años se dio el caso insólito, nunca repetido (¡y ya es el colmo: un caso de rebeldía suprema! ¡Qué falta de recato, qué afán de notoriedad!) de un cofrade que portaba el capirote más o menos con la inclinación reglamentaria con que acostumbran a llevarlo en Zamora, Sevilla, Santo Domingo de La Calzada y otras plazas señeras y célebres por la ortodoxia de sus procesiones.

Todo esto de la txapela y los capirotos es lo que ha venido a dar confirmación a la tesis académica, que cuenta con más aceptación, de que Bilbao es realmente singular, y se especula con bastante fundamento que no se trata de una simple villa, como nos quieren hacer creer con la leyenda no contrastada de su fundación por don Diego López de Haro. No, las evidencias apuntan a que Bilbao fue un planeta, que como meteorito caído del cielo, vino a impactar en esta parte de la Tierra. Pero pese al impacto, y al mestizaje que de sus resultas cabe imaginar, no hemos perdido nuestras particularidades, tan fuertes son. Y todo esto se corrobora con una

anécdota que es, créanme, rigurosamente cierta. Cuando mi tía (no digo su nombre porque creo que está presente en el templo y la identificarían por el sofocón que le iba a venir oyéndome citarla); cuando mi tía fue por primera vez a Washington, se acercó a una avenida que avanza hacia la Casa Blanca. Allí una mujer, de aspecto singular, que había plantado una tienda de campaña en protesta contra el sinsorgo de su marido, porque la había abandonado, se le acercó y le dijo: ¿tú eres de Bilbao? Muda de asombró respondióle mi tía: ¿cómo has sabido? Y dijo la perspicaz mujer: elemental, querida, por la forma de vestir.

Les puedo asegurar que no llevaba mi tía ni zapi o burukote anudado en la cabeza, ni abarkas ni erizados escaarpines... Mi tía siempre ha vestido elegante... como en Bilbao se lleva.

Y es que los bilbaínos, con sólo mirarnos, nos reconocemos: en Washington, en Pernambuco o en la Cochabamba. A decir verdad, nos cuesta un poco más identificarnos cuando estamos aquí.

SEXTA Y ÚLTIMA PARTE, DONDE PARA ALIVIO DE IMPACIENTES E INCLUSO DE PACIENTES, DOY TÉRMINO A LOS SUFRIMIENTOS QUE CAUSA LA ASISTENCIA, QUE YA NO DIRÉ ATENCIÓN, A ESTE PREGÓN, QUE, CON SER MUCHOS NO SON BASTANTES PARA DAR CRÉDITO A LOS REPROCHES DE HIPERBÓLICOS, CUANDO LOS EQUIPARAN A LOS TREMENDOS PADECIMIENTOS QUE HUBO DE SOPORTAR NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO EN LA PASIÓN; Y AÚN PUEDEN SERVIR DE ENTRENAMIENTO A LAS MORTIFICACIONES QUE A LOS BUENOS CRISTIANOS ESPERAN EN LA SEMANA SANTA.

Y al final, siempre el amor. Porque en el amor está todo, el amor todo lo es. Tenemos tanta necesidad de recibir como de dar amor. Es que una y otra cosa nos hacen mejores; nos creó Dios a su imagen; y esta imagen se acerca más a Dios cuanto más amor damos

Ama. Si no por sentimiento, hazlo al menos por interés: da el amor que quieras recibir... . La primera condición para tener éxito, para recibirlo de los hombres, es merecerlo: da a los demás lo que tú quieras recibir de ellos.

Soy un hombre afortunado, porque he vivido rodeado de mujeres. Muchas hermanas he tenido y algunas hijas tengo. A un buen número de bodas he tenido que acudir y en todas ellas el Páter ha leído *Corintios*, de San Pablo, que nos dice cómo es –cómo ha de ser- el amor. A mi esposa le emociona cuando se lee “*no lleva cuentas del mal...*” Este es el amor de Dios, el verdadero amor. Un amor gratuito; un amor que no obliga. “Amaros los unos a los otros como yo os he amado”. El amor de Dios se nos regala y Dios nos anima a él.

Buscar a Jesús, encontrarle, acompañarle. Es todo un programa para esta Semana Santa.

Dios, que estás en los mares y en el cielo,
En el hombre que sufre y que te añora,
En la luz, el silencio y en el viento.

Dios, que estás en la vida y en las horas.
Dios: te sé, y buscándote te encuentro
Más allá del pensar y la memoria.

Démonos un tiempo para reflexionar en este mundo que acelera su paso y nos sepulta bajo el tráfago y la cacofonía de los datos. Volvamos de vez en cuando a la sabiduría. En el primer coro de “La roca” de ELIOT se canta: “¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento? ¿dónde el conocimiento que hemos perdido en información...?” Recuperemos la espiritualidad, y con ella la sabiduría; vayamos a lo hondo; viajemos de vez en cuando de la boina al corazón.

No desistamos ninguno, nunca. Si nos ponemos a buscar de verdad a Jesús (y creo que también cuando no le buscamos), Él será quien nos encuentre. Porque me parece a mí que nos busca con mayor anhelo que nosotros le buscamos a Él.